

LA HISTORIA Y EL MIEDO EN LAS ELECCIONES

JAMAS —escribía hace poco Pierre Vianson-Ponté en "Le Monde"— la frase demasiado gastada de "fecha decisiva" se ha utilizado de manera tan precisa como al referirse al 15 de junio, a las elecciones legislativas con que debe iniciarse una nueva etapa española. "Jamás un pueblo ha estado invitado así a escribir, sin revolución y bajo la Monarquía, la palabra democracia sobre una página blanca de su historia; jamás se ha presentado así una decisión electoral, sin que pueda ser invocado ningún precedente, sin que nadie esté en medida de prever, aunque sea de una manera aproximada, el resultado de la consulta, sin que se pueda adivinar qué dirección indica el dedo del destino". Puestos a ser insólitos, parece que los españoles lo somos una vez más. Es una satisfacción relativa.

PERO no todo corresponde a esta romántica y enfática descripción asombrada. El dedo del destino está más bien tembloroso. Hay muchos que quieren forzarlo. Y la "página blanca de la historia" no es tan blanca. La historia nunca se borra: se arrastra, se continúa, se mezcla en el presente y en el futuro. En todas partes es un peso: en España es una carga. Un ejemplo de que la historia nunca cede parece estar en esta misma forma en que resucitan con enorme fuerza los viejos temas de la democracia que en España duró apenas cinco años —de 1931 a 1936, si no contamos los remedos anteriores— y hasta algunos de los nombres de tenaces supervivientes, a pesar de los cuarenta años de hierro y fuego y sangre con que se quisieron borrar y destruir. A la hora de revisar, incluso quiere rectificarse algo de lo que hicieron los mismísimos Reyes Católicos. Lo más insólito de este país es que a cada gran paso que da o quiere dar no sólo examina una forma de gobierno, un sistema de administración, una alteración de clases sociales o una mejor distribución de la riqueza, sino su propia esencia, su propia identidad. Cierta que detrás de ello hay siempre un problema de propiedad del solar patrio, un problema que es casi más de castas que de clases, y ello es un peligro grave.

NATURALMENTE, si aceptamos todo esto, es absurdo pensar que los cuarenta años pasados y su creación monumental de un sistema de poder que prevalece y de una raza política que se sostiene, no van a tener un peso decisivo en esta supuesta "página en blanco" que se supone que debemos escribir los del estado llano. El entramado de intereses y fuerzas que dominan el país se mantiene con un gran vigor. Quizá Barcelona o Madrid, o Sevilla, Bilbao o Valencia —por citar algunas de las grandes aglomeraciones que ofrecen ahora una superficie en gran ebullición— estén dando una sensación de gran cambio. Quien viaje por otras ciudades interiores más estáticas, por villas y pueblos, podrá observar que hay una España pesada y antigua de caciquismo, amenaza, presión y chantaje, donde todavía las gentes bajan la voz y miran con desconfianza en torno suyo antes de dar sus opiniones políticas disidentes —disidentes del antiguo régimen, disidentes del régimen que se perpetúa— en las que el cambio no existe y en la que las elecciones pueden ser un trámite más, un guiño de ojos más, poco diferente de la tradición de magna picaresca que han sido los referendums del "otro" tiempo. Hay dos clases de miedo. Uno, el de que la situación se vuelque, se invierta de pronto. No es un miedo disparatado si recordamos que éste es el país que ha dado al mundo, entre otras palabras del vocabulario político más negro, por lo menos tres: "pronunciamento", "junta" y "camarilla". Se emplean en todos los idiomas. Y si pensamos que hace sólo unas semanas, en las fechas decisivas de la legalización del Partido Comunista, muchas personas han creído que se iba a dar el vuelco. La idea general de que "no es posible" es puramente intuitiva, o se refiere a unas consonancias de vida contemporánea y de decisión exterior que no permitiría, en lógica, revertir la situación; pero los españoles de la clase sufrida no ignoran tampoco que los "vuelquistas" no suelen tener en cuenta elementos de inteligencia en sus impulsos, ni racionalidad de ninguna clase. No seríamos los únicos. Las juntas de Chile o de Argentina están fuera del tiempo, en la más pura anacronía; pero están.

EL segundo miedo, quizá el más posible, el más concreto, es el de la perpetuación del régimen por otros medios. El entramado del franquismo es el más profundo que haya conocido este país en los siglos de su Historia. No es una máquina de poder sutil, inteligente o astuta, sino simplemente la ocupación del país a partir de la guerra civil por unos cientos de miles de vencedores políticos (aparte de la clase profesional del Ejército de sus sucesores y de sus familiares). Personajes a quienes se han discernido cargos, carguillos o simplemente empleos —tan decisivos en un sistema altamente burocrático como el nuestro: o sea, el de ellos— mediante una selección cuidadosa de méritos: de certificados de adhesión, de "buena conducta", de antecedentes, de militancia. Se ha creado una nueva clase muy amplia. Se han creado dinastías. Ni la disolución del "Movimiento" ni, cuando se produzca, la de los sindicatos, son ni pueden ser suficientes para destruir esta auténtica trama. Ni hubiese sido posible, dada la naturaleza de este cambio tan extraño que se ha producido en el país: ni siquiera inmediatamente aconsejable. Es un problema de años y de extinción natural.

EL peso de esta trama en las elecciones de la "fecha decisiva" va a ser mucho más importante que la ebullición de siglas, alianzas, nomenclaturas y maniobras que se realizan en la superficie. Esta maraña de poderes nacionales y locales, esta pirámide o tela de araña, explota ya el miedo que ella misma produce y va en busca de los "moderados". Se denomina popular, busca que se la considere "centro" (aparte de un "centro" con vocación real de intermedio, de tránsito, de moderación, en el que militan personas de muy buena voluntad que ahora se están viendo literalmente saqueadas, robadas por estos modernos salteadores de las ideologías), busca la vieja mitología de la "ley y el orden" que ha dado la mayor parte de las dictaduras silenciosas del mundo.

ENTRÉ las ventajas de orden real que ha tenido la operación de reconocimiento del Partido Comunista, ha ofrecido una que probablemente no se

pensaba: el desenmascaramiento de un grupo que se presentó como centrista, en una operación de gran robo de posiciones reales de otros, y que se ha manifestado como de una extrema derecha, "enragé" y carvernícola. Esta familia de la operación democrática, los de Alianza Popular por mal nombre, ha rasgado enteramente el tejido de la gran derecha. Ha hecho aparecer más nítido el contraste con la otra familia, la que encabezaría el actual presidente, Suárez, y su extenso grupo.

ES probablemente de esta forma como se va a dividir la "página en blanco" de las elecciones, según la inmensa "camarilla" nacional que creó, constituyó y mantuvo el franquismo. La oposición democrática (entendiendo por ella el conglomerado de políticos y militantes que consideran necesaria una democracia auténtica, pura) ha comenzado ya, sin perder de vista su posición electoral propia, a aceptar esta participación personal de Suárez y la disimulada de sus favorecidos como dique de contención de lo que sería un neofascismo representado por Alianza Popular. Desde la caída del Gobierno Arias, que permitió la salida a la luz de las fuerzas democráticas, esta oposición no ha llegado nunca a estar a la altura de las circunstancias, y no ha sabido abstraerse de la emoción y la esperanza que cada uno de sus partidos, desde los más suaves hasta los más combativos, les producía la nueva situación. Les ha dominado el electoralismo y eso que es al mismo tiempo la fuerza y la debilidad de los demócratas: la negati-

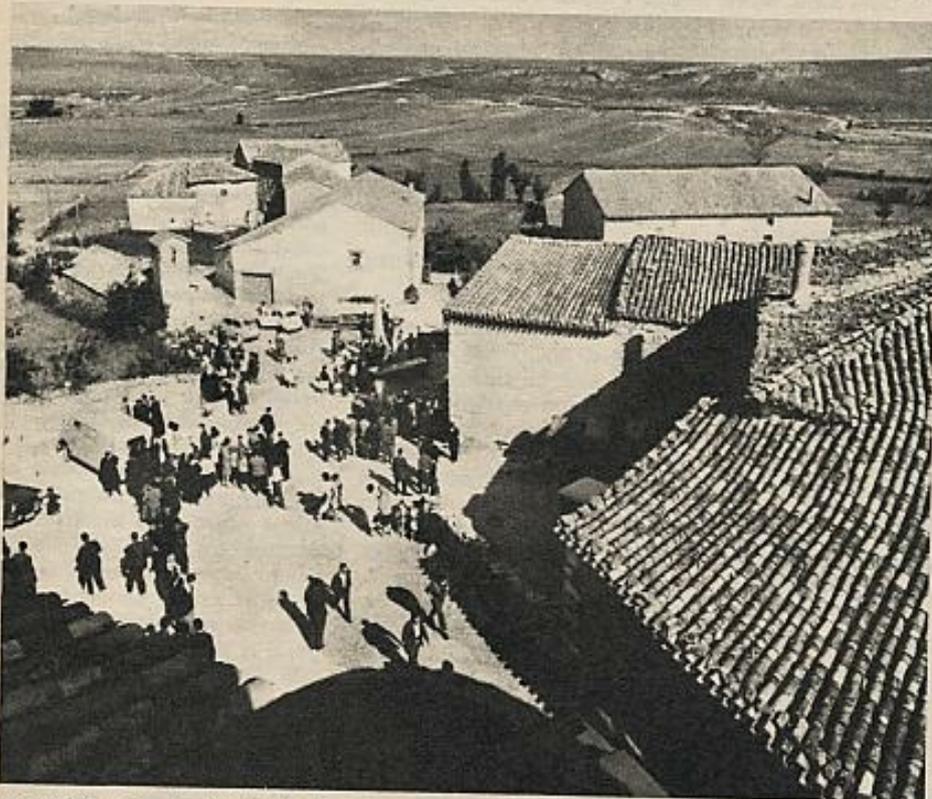
va a perder un ápice de su propia personalidad, la lucha por el pluralismo sin límites. Ha tenido dos miedos al frente popular, o a cualquier alianza que pudiera considerarse como equivalente: el miedo a la furia de la derecha, y el miedo a sumirse en una entidad ideológica mayor. Los frentes populares de los años 35 y 36 —en Francia y en España— sólo se alcanzaron por un estímulo grave: el del proceso de avance del fascismo. Fueron un antifascismo. Las fuerzas de la izquierda en España no se han dado bien cuenta de que el problema nacional del fascismo es tan grave en la actualidad como lo era en la Europa de 1935. Si no más. Su afán de no ofrecer un frente, de no crear una situación de ruptura dramática; su creencia de que el fascismo estaba muriendo de su propia muerte natural (y no es España el primer país donde ha sucedido este espectáculo: Portugal y Grecia son sus precedentes) y una especie de fe antigua en las masas y en la opinión pública les ha contenido. Hoy ven que las elecciones se les van a escapar de las manos, y confían ya en las siguientes. Y quizá pretenden fortalecer de alguna manera lo que les parece más seguro para este momento, la Jefatura del Estado y la presidencia del Gobierno. Veremos cómo evolucionan estas dos fuerzas representativas una vez tengan las elecciones ganadas, si como parece las van a ganar.

El entramado franquista está dividido en su manera de actuar. Los más antiguos, los más enquistados en

la Historia, favorecerán a Alianza Popular (dejando aparte los que todavía se sitúan más al extremo y lo llevan a todas clases de terrorismo, desde el verbal hasta el de las pistolas: su fuerza de "desestabilización", es, como se ha visto, muy grande, aunque no haya llegado a ser decisiva). Los nuevos miembros de la dinastía, los herederos, los que han ido ampliando año tras año por vías colaterales la extensión del poder, que probablemente son los mismos que han influido en que se perdieran las formas exteriores del régimen, apoyan la experiencia Suárez. Son los más capacitados para mover a su favor a esa fuerza favorita suya que denominan "mayoría silenciosa". O para adaptarse a ella.

AUN sin necesidad de fiarse demasiado de las actuales encuestas de opinión pública, que se realizan en condiciones que pueden hacer sospechar de falta de metodología científica y de alguna inspiración de la naturaleza de los encuestadores, se advierte seriamente en el país una gran tendencia a la moderación, a la instalación de una democracia formal y sin sobresaltos, con unos objetivos que parece cumplir muy bien el señor Suárez para esa óptica no demasiado profunda. Desde el cierto respaldo internacional que parece que se le está concediendo —y el viaje a Estados Unidos tiene importancia decisiva, después del aspecto simbólico de legalización democrática obtenida en el viaje a México— hasta la misma lucha que conducen contra él los de la extrema derecha, y la fuerza de credibilidad que ha ido ganando con sus sucesivas "reformas" hasta llegar a la Ley Electoral ("reformas" que un día fueron seriamente combatidas por su imprecisión, por sus posibles trampas, por lo que sospechaba en ellas de falseamiento democrático, y que hoy se aceptan con cierta desgana, pero sin combate ya: como si representasen un mal menor), pasando por el trascendentalísimo episodio de la "legalización" —que ya no ha sido continuado por la de los otros partidos que con justicia y con la más comprensible de las indignaciones reclaman la suya, sin que apenas se levanten voces en la misma oposición para defenderla—, Suárez tiene hoy las mejores posibilidades. No es de extrañar que la mayor parte de la trama franquista, que espera la forma de continuidad que le conviene —que no es la de sus ideas, sino la de sus puestos— se incline a favorecer a lo que ya es favorito. Y que la izquierda no ejerza la oposición que le estaría obligada.

PARECE, por todo ello, que el "dedo del destino" no es tan ignoto ni tan inesperado como algunos creen. El dedo del destino, como todo lo de este país, tiene dueño. Y sabe hacia dónde apuntarlo. ■



Hay una España donde todavía las gentes bajan la voz y miran con desconfianza en torno suyo antes de dar sus opiniones políticas disidentes, en la que el cambio no existe y en la que las elecciones pueden ser un trámite más.